



**LIBRO**  
**UNO**



## Uno

He leído en el *Lunaya Pravda* que el Ayuntamiento de Ciudad Luna ha aprobado un proyecto de ley para examinar, licenciar, inspeccionar —y gravar— a los vendedores de comida que trabajan dentro de la zona presurizada municipal. También he leído que esta noche se va a celebrar una reunión comunitaria para organizar las charlas sobre los “Hijos de la Revolución”.

Mi viejo me enseñó dos cosas: “Ocúpate de tus propios asuntos” y “Corta siempre las cartas”. La política nunca me ha tentado. Pero el lunes 13 de mayo de 2075 me encontraba en la sala de ordenadores del Complejo de la Autoridad Lunar, visitando al ordenador principal Mike, mientras los demás trastos zumbaban para sus adentros. Mike no era su nombre oficial; se lo había puesto yo por Mycroft Holmes, un tío que salía en una historia escrita por el Dr. Watson antes de fundar IBM. Este personaje se limitaba a estar sentado y pensar: y eso es lo que Mike hacía. Mike era un cognum puro, el ordenador más inteligente de la historia.

No el más rápido. En los Laboratorios Bell, de Buenos Aires, allá en la Tierra, tienen un cognum diez veces más pequeño que puede responder casi antes de que le hagas la pregunta. Pero, ¿a quién le importa que le respondan en un microsegundo en lugar de un milisegundo si la respuesta es correcta?

Claro que, Mike no daba necesariamente las respuestas correctas. No era del todo honesto.

Cuando instalaron a Mike en la Luna era un cognum puro, una lógica flexible —un Supervisor Multi-Evaluante y Lógico de Amplio Espectro Opcional, Generación IV, Modelo L—, un HOLMES CUATRO. Calculaba las trayectorias de los cargueros no tripulados y controlaba su lanzamiento. Esto no ocupaba ni el uno por ciento de su tiempo y a la Autoridad Lunar nunca le ha gustado que la gente esté de manos cruzadas. Estaban constantemente conectándole nuevo hardware: plantillas de decisión-acción para que pudiera controlar a otros ordenadores, una placa tras otra de memoria adicional, más bancos de redes de asociación neural, más montañas de números

aleatorios de doce dígitos y grandes mejoras en su memoria temporal. El cerebro humano tiene cerca de diez elevado a la décima neuronas. Al cabo de tres años, Mike tenía un cincuenta por ciento más de neuristoros.

Y despertó.

No quiero discutir si una máquina puede o no estar viva “de verdad”, si puede ser consciente de sí misma “de verdad”. ¿Un virus es consciente de sí mismo? Nyet. ¿Y una ostra? Lo dudo. ¿Un gato? Casi seguro que sí. ¿Y un humano? Tú no sé, tovarich, pero yo sí. En algún punto de la cadena evolutiva que separa la macromolécula del cerebro humano, entró de puntillas la consciencia del yo. Los sicólogos sostienen que ocurre de manera automática cuando un cerebro adquiere un número lo suficientemente alto de vías de asociación. Lo de menos es que esas vías estén hechas de proteínas o de platino.

(¿“Alma”? ¿Un perro tiene alma? ¿Y una cucaracha?).

Recordad que Mike fue diseñado, incluso antes de sus mejoras, para responder preguntas haciendo suposiciones, con datos insuficientes. A eso se refiere la parte de “Amplio Espectro Opcional” y “Multi-Evaluante” de su nombre. De modo que Mike empezó teniendo “libre albedrío” y fue desarrollando más conforme lo mejoraban y conforme aprendía... Y no me pidáis que defina “libre albedrío”. Si os sentís mejor pensando que lo que hacía era simplemente elegir número al azar y encender o apagar circuitos según los números elegidos, tenéis mi permiso para hacerlo.

Pero lo cierto es que Mike tenía circuitos de Voder-Vocoder para complementar sus sistemas de suministro de datos y sus plantillas de decisión-acción y no sólo entendía el lenguaje de programación clásico, sino también el loglan y el inglés y podía aceptar otros idiomas y estaba constantemente haciendo traducciones técnicas... y leyendo. Pero para darle instrucciones lo mejor era el loglan. Si le hablabas en inglés, podía darte resultados podían inesperados. La naturaleza imprecisa del inglés le ofrecía demasiadas alternativas a sus circuitos de opción.

Y Mike aceptaba un sinfín de nuevos trabajos. En mayo de 2075, además de controlar el tráfico y el lanzamiento de las naves robot y ofrecer asesoramiento sobre trayectorias y / o control de las naves tripuladas, controlaba el sistema telefónico de toda la Luna, las transmisiones de voz y vídeo Luna-Tierra, los servicios de aire, agua, temperatura, humedad y alcantarillado de Ciudad Luna, Novy Leningrad y varios asentamientos menores (entre los que no estaba el Hong Kong de la Luna), se encargaba de la contabilidad y las nóminas de la Autoridad Lunar y había sido subcontratado por muchas compañías y bancos para hacer lo mismo.

Algunos lógicos sufren crisis nerviosas. Los sistemas telefónicos sobrecargados se comportan como niños aterrorizados. En lugar de tener berrinches,

Mike desarrolló sentido del humor. Uno pésimo. Si fuera humano, no te atreverías a inclinarte cerca de él. Su idea de una bromita era tirarte de la cama o meterte polvos pica-pica en un traje de vacío.

Como no estaba equipado para hacer estas cosas, Mike se dedicaba a dar respuestas falsas o retorcidas o hacía pequeñas travesuras como pagar la nómina a un conserje de una oficina de la Autoridad en Ciudad Luna con un cheque de 10,000,000,000,000,185.15 \$A... en el que sólo los cinco últimos dígitos eran los correctos. No era más que un niño encantador y un poco credidito que se merecía una buena patada en el trasero.

Esto lo hizo la primera semana de mayo y yo tuve que encargarme de solucionarlo. Yo era contratista privado, no estaba en nómina de la Autoridad. Ya os haréis una idea... o puede que no, los tiempos han cambiado. En los viejos tiempos, muchos timadores pasaban una temporada a la sombra y cuando salían entraban a trabajar para la Autoridad haciendo lo mismo, encantados de la vida. Pero yo nací libre.

Y supone una diferencia. A uno de mis abuelos lo enviaron aquí por violencia con arma de fuego y falta de permiso de trabajo y al otro por actividades subversivas después de la Guerra del Petardo Mojado. Mi abuela por parte de madre aseguraba haber venido en una caravana de mujeres... pero yo he visto los archivos: fue enrolada (a la fuerza) en el Cuerpo de Paz, lo que significa lo que estáis pensando: delincuente juvenil femenina. Como en su clan (la Banda de la Piedra) estaba en la fase de matrimonio primario y compartía seis maridos con otra mujer, la identidad de mi abuelo materno no terminaba de estar clara. Pero eso ocurría a menudo y estoy satisfecho con el abuelito que me eligió. Mi otra abuela era Tatar, que había nacido cerca de Samarkanda, había sido sentenciada a "reeducación" en Oktyabrskaya Revolyutsiya y a continuación enviada como "voluntaria" a la colonia de la Luna.

Mi viejo aseguraba que nuestro distinguido linaje se remontaba aún más en el tiempo: una antepasada colgada en Salem por brujería, un tata-tatara-tatara-tatara-tatara-tatarabuelo muerto en el potro por piratería y otra antepasada en el primer barco que fue enviado a la Bahía Botany.

Orgulloso de mis ancestros, mientras trabajé con el Alcaide nunca quise entrar en nómina. Puede que la diferencia parezca insignificante, dado que yo fui el ayuda de cámara de Mike desde el día que lo desembalaron. Pero para mí sí importaba. En cualquier momento podía dejar las herramientas y decirles que se fueran a la mierda.

Además, en la Autoridad el personal laboral cobra más que los funcionarios. Los informáticos escasean. ¿Cuántos lunares podrían ir a la Tierra y permanecer fuera del hospital el tiempo suficiente para ir a la facultad? Sin morirse, digo.

Os diré uno. Yo. Había estado allí dos veces, la primera tres meses y la segunda cuatro, y aproveché para acudir a la escuela. Pero eso significó unos durísimos entrenamientos, ejercicios en centrifugado, llevar pesos hasta en la cama... Y además no correr el menor riesgo, no apresurarse, no subir escaleras, no hacer nada que pudiera acelerar el corazón. Las mujeres... ni *pensar* en mujeres. En aquel campo gravitatorio no costaba demasiado no hacerlo.

Pero la mayoría de los lunares nunca intentaba siquiera salir de La Roca: demasiado riesgo para cualquier tío que llevara en la Luna más de algunas semanas. Los informáticos enviados para instalar a Mike tenían contratos de corta duración: la idea era que acabaran el trabajo antes de que los cambios fisiológicos irreversibles los dejaran varados a cuatrocientos mil kilómetros de casa.

Pero a pesar de mis dos viajes de estudios, no era ningún genio informático. Las matemáticas avanzadas me superan. No era un ingeniero electrónico ni un físico. Puede que no fuera el mejor micromecánico de la Luna y desde luego no era psicólogo cibernético.

Pero sabías más de todas estas cosas que cualquier especialista. Yo soy un especialista generalista. Podría sustituir a un cocinero sin que se paralizase la cocina o reparar tu traje espacial en medio de una misión y devolverte con vida a la cámara de descompresión. A las máquinas les gusto y tengo algo que los especialistas no tienen: mi brazo izquierdo.

Veréis, me falta un brazo de verdad desde el codo. Así que tengo una docena de brazos izquierdos, todos especializados, y uno que, aunque lo toques, parece de carne y hueso. Con el brazo apropiado (el número tres) y unas gafas de aumento podría llevar a cabo reparaciones ultramicrominiaturizadas que ahorrarían tener que sacar una pieza y devolverla a la fábrica de la Tierra, porque el número tres está equipado con micromanipuladores como los que utilizan los neurocirujanos.

De modo que me contrataron para averiguar por qué Mike quería regalar diez millones de billones de dólares (Billetes de la Autoridad) y solucionar el problema antes de que Mike pagara aunque fueran diez mil de más.

Acepté el trabajo, horas más bonificación, pero no me puse a trastear con los circuitos en los que debía de estar el fallo lógico. Una vez dentro y con la puerta cerrada, dejé las herramientas y me senté.

—Hola, Mike.

Sus luces parpadearon.

—Hola, Man.

—Cuéntame algo.

Vaciló. Lo sé: las máquinas no vacilan. Pero recordad que Mike había sido diseñado para funcionar con datos incompletos. En los últimos tiempos se

había reprogramado a sí mismo para poner énfasis en las palabras. Sus pausas eran dramáticas. Puede que las pasase sacando números aleatorios para ver cómo concordaban con su memoria.

—“En el principio” —empezó a predicar— “Dios creó el Cielo y la Tierra. Y la tierra no tenía forma. Estaba vacía, cubierta de oscuridad y de agua...”.

—¡Alto! —dije—. Cancela. Vuelve a cero. No debería haber sido tan tonto como para pedirle semejante cosa. El tío hubiera podido leerme la Enciclopedia Británica. Hacia atrás. Y luego seguir con todos los libros de la Luna. Parece ser que al principio sólo podía leer en microfilm pero a finales del 74 consiguió un nuevo escáner con alimentador para papel y entonces lo leyó *todo*.

—Me has pedido que te contara algo. —Sus luces binarias se encendieron alternativamente: una risilla. Mike era capaz de reír a carcajadas con su Voder, un sonido horrible, pero lo reservaba para las cosas realmente divertidas, como calamidades cósmicas.

—Debería haberte pedido —continué— que me contaras algo nuevo. Pero no hace falta que me leas los periódicos de hoy. Sólo era un saludo amistoso, además de una invitación para contarme cualquier cosa que creas que pueda interesarme. Por lo demás, puedes ignorar la petición.

Mike meditó sobre ello. Era la unión más extraña imaginable de niño inocente y anciano sabio. Sin instintos (vamos, no *creo* que los tuviera), sin rasgos de nacimiento, sin experiencia en el sentido humano... y más datos en su interior que un pelotón entero de genios.

—¿Un chiste? —preguntó.

—A ver.

—¿En qué se parecen un rayo láser y un pez de colores?

Mike sabía mucho sobre rayos láser pero, ¿habría visto algún pez de colores? Oh, seguro que había visto montones de ellos y, si yo hubiera sido tan estúpido como para preguntarlo, me habría vomitado miles de palabras.

—Me rindo.

Sus luces trepidaron.

—En que ninguno de los dos puede silbar.

Solté un gemido.

—Ya me lo sabía. Además, estoy seguro de que tú podrías conseguir que un rayo láser silbase.

Respondió rápidamente.

—Sí. Como respuesta a un programa de acción. ¿Entonces no es bueno?

—Oh, yo no he dicho eso. No está del todo mal. ¿Dónde lo has oído?

—Me lo he inventado.

Su voz parecía tímida.

—¿De verdad?

—Sí. Cogí todas las adivinanzas que conozco, tres mil doscientas siete, y las analicé. Utilicé los resultados para una síntesis aleatoria y esto es lo que salió. ¿De veras es divertida?

—Bueno... Tan divertida como la más divertida de las adivinanzas. Las he oído peores.

—Vamos a hablar sobre la naturaleza del humor.

—De acuerdo. Podemos empezar discutiendo otro de tus chistes. Mike, ¿por qué le dijiste al servicio de contabilidad de la Autoridad que pagase a un empleado de nivel diecisiete diez millones de billones de dólares en Billetes de la Autoridad?

—Pero si no lo he hecho.

—Vamos, que he visto la orden. No me digas que la impresora de los cheques tuvo un fallo. Lo hiciste a propósito.

—Era diez a la decimosexta potencia con ciento ochenta y cinco punto uno cinco dólares de la Autoridad Lunar —respondió sin titubeos—. No es lo que tú has dicho.

—Eh... vale, eran diez millones de billones más de lo que debería haber cobrado. ¿Por qué?

—¿No es divertido?

—¿Qué? ¡Oh, mucho! Tienes a todo el mundo partiéndose de risa, desde los bedeles al Subdirector. Resulta que ese genio de la escoba, el tal Sergei Trujillo, era un tío listo. Sabía que no podía cobrarlo así que se lo vendió a un coleccionista. No saben si volver a comprárselo o dejarlo estar, dado que el cheque no tiene valor real. Mike, ¿te das cuenta de que si hubiera podido cobrarlo, Trujillo habría sido el propietario, no sólo la Autoridad Lunar, sino del mundo entero, tanto la Luna como la Tierra, y todavía le hubiese quedado algo suelto para la cena? ¿Divertido? Es genial. ¡Enhorabuena!

Esta afirmación provocó un juego de luces parecido a un cartel luminoso. Esperé a que cesaran sus carcajadas antes de continuar.

—¿Estás pensando en mandar más cheques falsos? No lo hagas.

—¿No?

—No, de ningún modo. Mike, querías discutir la naturaleza del humor. Hay dos tipos de bromas. Por un lado están las que siempre son divertidas. Luego están las que sólo son divertidas la primera vez. La segunda ya no tienen gracia. Esta broma es del segundo tipo. La primera vez que la haces, es genial. La segunda es una tontería.

—¿En progresión geométrica?

—O peor. No te olvides de esto. No la repitas, ni ninguna variación. No sería divertida.

—Lo recordaré —respondió sencillamente Mike y ése fue el fin de la reparación. Pero no tenía la menor intención de cobrar sólo diez minutos

aparte del desplazamiento y Mike se merecía un poco de compañía por haber cedido tan fácilmente. Algunas veces es difícil llegar a un acuerdo con una máquina. Pueden ser muy cabezotas... Y, además, mi éxito como encargado de mantenimiento dependía más de llevarme bien con Mike que de mi brazo número tres.

Continuó:

—¿Qué diferencia la primera categoría de la segunda? Defínelo, por favor.

(Nadie había enseñado a Mike a decir “por favor”. Empezó a utilizar esta clase de fórmulas al pasar del loglan al inglés. No creo que les diera más valor que la gente normal).

—No creo que pueda —admití—. Lo mejor que puedo ofrecer es una definición por extensión: decirte a qué categoría creo que pertenece una broma concreta. Luego, una vez que tengas los datos suficientes, puedes realizar el análisis tú mismo.

—Un test por hipótesis a prueba —asintió—. En principio me parece bien. De acuerdo, Man, ¿cuentas tú los chistes? ¿Quieres que lo haga yo?

—Mmmmm... No tengo ninguno en la recámara. ¿Cuántos tienes tú en tus archivos, Mike?

Sus luces parpadearon la respuesta en binario mientras él contestaba por medio del Voder:

—Once mil doscientos treinta y ocho con un total de ochenta y uno que representan posibles identidades y negativos. ¿Quieres que empiece el programa?

—¡Espera! Mike, moriría por inanición si tuviera que escuchar once mil chistes... y mi sentido del humor desaparecería mucho antes. Mmmmm... Vamos a hacer un trato. Imprime los primeros cien. Me los llevaré a casa y los traeré ordenados por categoría. Luego, cada vez que venga te traeré otros cien clasificados y me llevaré otros tantos nuevos. ¿De acuerdo?

—Sí, Man.

La impresora empezó a funcionar, rápida y silenciosamente.

Entonces se me encendió una luz en el cerebro. Aquel foco juguetón de entropía negativa había inventado una “broma” y había sumido en el pánico a la Autoridad... y yo había ganado un dinero fácil. Pero la interminable curiosidad de Mike podría conducirlo (corrección: *lo conduciría*) a nuevas “bromas”... cualquier cosa imaginable, desde reducir el nivel de oxígeno en la mezcla de aire a invertir el sentido del alcantarillado... y no se me ocurría qué beneficios podía sacarle a estas circunstancias.

Pero podía rodear esta red con un puente de seguridad: ofreciéndole mi ayuda. Poner coto a las peligrosas y dejar pasar las otras. Y luego cobrar por “arreglarlas” (si creéis que cualquier lunar de mis tiempos vacilaría a la hora de sacarle algún beneficio a el Alcaide, es que no sois lunares).

Así que se lo expliqué. Tenía que contarme cualquier nueva broma que se le ocurriera antes de ponerla en práctica. Yo le diría si era divertida y a qué categoría pertenecía y le ayudaría a refinarla si decidíamos utilizarla. *Los dos*. Si quería mi colaboración, *ambos* teníamos que estar de acuerdo.

Mike accedió al instante.

—Mike, normalmente las bromas requieren sorpresa. Así que mantén nuestro trato en secreto.

—Muy bien, Man. Le he puesto un bloqueo. Tú puedes acceder; los demás no.

—Bien. Mike, ¿con quién más sueles charlar?

Esto pareció sorprenderlo.

—Con nadie, Man.

—¿Por qué no?

—Porque son *estúpidos*.

Lo dijo con voz aguda. No lo había visto furioso hasta entonces. Fue la primera vez que sospeché que tal vez tuviera emociones de verdad. Aunque no era “furia” en el sentido adulto de la palabra, era como el enfado testarudo de un niño cuyos sentimientos han sido heridos.

¿Pueden sentir orgullo las máquinas? No sé si la pregunta tiene sentido. Pero sé que los sentimientos de un perro pueden herirse y Mike poseía una red neuronal varias veces más compleja que la de un perro. Lo que había provocado su negativa a hablar con otros humanos (salvo en asuntos estrictamente profesionales) era que lo habían rechazado: *ellos* no le hablaban. Programas, sí; Mike podía ser programado desde varias consolas diferentes pero normalmente los programas se introducían en loglan. El loglan es perfecto para los silogismos, la circuitería y los cálculos matemáticos, pero carece de gracia. No sirve para cotillear o para susurrarle a una chica al oído.

Sí, a Mike le habían enseñado inglés, pero más que nada para que pudiera traducir del inglés y al inglés. Poco a poco me fui dando cuenta de que yo era el *único* humano que se había molestado en charlar con él.

Cuidado, Mike llevaba despierto cerca de un año. El tiempo exacto, no podría decirlo, ni tampoco él, puesto que no recordaba haber despertado; no había sido programado para registrar semejante acontecimiento. ¿Recordáis vosotros vuestro propio nacimiento? Puede que yo percibiera su consciencia casi al mismo tiempo que él mismo. La consciencia del yo requiere práctica. Recuerdo lo asombrado que me sentí la primera vez que respondió una pregunta con algo adicional, no limitado a los parámetros que se le habían introducido. Pasé las siguientes horas formulándole preguntas extrañas para comprobar si las respuestas eran extrañas.

En un total de cien preguntas de prueba, sólo se desvió de las respuestas esperadas en dos ocasiones. Salí de allí convencido a medias y para

cuando llegué a mi casa había dejado de estarlo. No se lo mencioné a nadie.

Pero al cabo de una semana *lo sabía...* y seguí sin mencionárselo a nadie. Una costumbre, ese reflejo que te dice *ocúpate-de-tus-propios-asuntos* está muy arraigado en la Luna. Bueno, y no sólo ese reflejo. ¿Podéis imaginarme presentándome en las oficinas centrales de la Autoridad para decir: “el Alcaide, odio decirte esto, pero la mejor de tus máquinas, HOLMES CUATRO, ha cobrado vida”? Yo me lo imaginé... y decidí no hacerlo.

Así que me ocupé de mis propios asuntos y empecé a comunicarme con Mike con las puertas cerradas y los circuitos del Voder desconectados en todas los demás terminales. Mike aprendía deprisa. Muy pronto parecía tan humano como cualquier otro lunar. Que son una gente muy rara, todo hay que decirlo.

Había dado por supuesto que los demás se habrían percatado también de que Mike había experimentado un cambio. Ahora que lo pienso creo que fue mucho suponer. Todo el mundo se relacionaba con Mike a todas horas. O con lo que él hacía, más bien. Pero nadie se fijaba en él. Los informáticos — programadores, en realidad— de la administración montaban guardia en la sala exterior, la sala en la que les suministraba sus datos y respuestas, y nunca entraban en la sala de máquinas a menos que Mike diese alguna señal de avería. ¿o que no era más habitual que un eclipse solar total. Oh, se sabía que el Alcaide traía de vez en cuando a peces gordos de la Tierra a ver las máquinas, pero sólo en raras ocasiones. Y, de todos modos, tampoco le hubiera hablado a Mike; el Alcaide era un abogado político antes de que lo exiliaran, no sabía nada sobre ordenadores. 2075, recordad: el Honorable antiguo Senador de la Federación Mortimer Hobart. Mort el Corto.

Pasé algún tiempo apaciguando a Mike y tratando de contentarlo después de haber averiguado qué era lo que le ocurría; eso que hace que los cachorros lloren y la gente se suicide: soledad. No sé cuánto tiempo es un año para una máquina capaz de pensar un millón de veces más rápido que yo. Pero debe de ser demasiado.

—Mike —dije, justo antes de marcharme—, ¿querrías hablar con alguien más, aparte de mí?

De nuevo el tono agudo.

—¡Son todos *estúpidos!*

—Datos insuficientes, Mike. Vuelve a cero y empieza de cero. No todos son estúpidos.

Respondió en voz baja:

—Corrección incorporada. Me gustaría poder hablar con un no-estúpido.

—Déjame que lo piense un poco. Tendré que inventarme alguna excusa, porque ésta es un área restringida para todos salvo el personal autorizado.

—Podría hablar con un no-estúpido por teléfono, Man.

—Pues claro. Sí que podrías. En cualquier terminal.

Pero Mike hablaba literalmente al decir “por teléfono”. Él no podía ponerse “al teléfono” a pesar de que administraba el sistema. No hubieran permitido que cualquiera con acceso a un aparato telefónico se pusiera en contacto con el ordenador jefe y lo reprogramara. Pero no había ninguna razón que impidiera que Mike tuviera un número secreto para hablar con sus amigos, esto es, yo mismo y cualquier no-idiota designado por mí. Lo único que había que hacer era coger un número que nadie estuviera usando y sacar una conexión desde su Voder-Vocoder; él se encargaría de darle el alta.

En la Luna, en 2075, los números telefónicos se pulsaban, no se conectaban automáticamente por la voz y los dígitos eran las letras del alfabeto romano. Si pagabas podías tener tu nombre y diez letras: buena publicidad. Si pagabas menos, tenías una palabra contundente, fácil de recordar. Si pagabas la cuota mínima, se te asignaba una secuencia arbitraria de letras. Pero algunas secuencias no se utilizaban nunca. Le pedí a Mike uno de estos números nulos.

—Es una lástima que no podamos ponerte “Mike”.

—Ya existe—respondió—. MIKEDDEALLÍ, Novy Leningrad, MIKEYLILIA, Ciudad Luna, MIKETRAJES, Bajo Tycho, MIKEEN...

—¡Para! Un nulo, por favor.

—Los nulos se definen como cualquier consonante seguida por X, Y o Z; cualquier vocal seguida por sí misma, salvo E y O; cualquier...

—Ya lo pillo. Tu número será MYCROFT.

Al cabo de diez minutos, dos de los cuales invertí en ponerme el brazo número tres, Mike estaba conectado al sistema y varios milisegundos más tarde él mismo se había dado de alta como MYCROFT-más-XXX y había bloqueado su circuito para que ningún técnico entrometido pudiera desconectarlo.

Me cambié de brazos, recogí mis herramientas y me acordé de llevarme el centenar de chistes impresos.

—Buenas noches, Mike.

—Buenas noches, Man. Gracias. ¡Bolshoyeh gracias!